







Los martes a Literatura

De la propia casa y del cercano ajeno

EL GATO NEGRO

Pues señor: Examinando cierto día un voluminoso legajo que había arrinconado y dejado al olvido, en aquel cuchitril de los trastos viejos, hallé un sobre de escasas dimensiones, convenientemente cerrado y lacrado, algo borroso el directo por la patina del tiempo; algunas letras habían desaparecido, y antes de abrirlo, entretuve aquel rato de ociosidad en recomponer aquella inscripción. No era tarea fácil ni empresa tan difícil que al fin no pudiera lograr mis propósitos.

Quando di cima a aquel trabajo o pasatiempo, quedé perplejo y extrañado de la lectura de la dirección del sobre, por la relación más o menos directa que pudiera existir con su contenido algo abultado.

El Gato Negro, se leía; al principio leí de muy buena gana, el hallazgo que mi entretenimiento descubría; pero a poco reflexionaba y me preguntaba asimismo, qué significaría este nombre tan enigmático; y el demonio de la curiosidad acabó porque rasgara aquel sobre lacrado, no sin antes haber experimentado cierto escrúpulo.

Aquel escrito, que una mano desgraciada trazara hacia luegros años, cuidó mucho al redactar las memorias de su vida de no olvidar absolutamente nada que guardara relación con el suceso más importante que constituyó todo el proceso de su vida.

El manuscrito estaba hecho ingenuamente con sencillez, sin rebuscamientos de frases ni expresiones muy literarias y rimbombantes.

Era aquel manuscrito el dia-

rio exacto, según el dicho de su autor, de su pasado por el mundo, ligado a una no interrumpida serie de episodios más o menos trágicos. Sobre todo se hacía hincapié en un extraño y curioso pasaje de su vida, punto de partida que determinó su fatal caída y una muerte en plena edad madura.

Empezaba así el manuscrito a que nos venimos refiriendo:

Hoy 2 de noviembre de 1830. Respetable y admirado maestro.

No hallando otra persona a quien comunicar y confiar el proceso de mi vida, porque en muchas no tengo confianza y en otras no son capaces de la guarda de secretos, de mayor o menor importancia, a usted dedico este diario, expresión sintética de toda mi existencia.

Recordará usted, querido maestro, aquellos mis grandes amores de los años mozos con toda su escuela de contratiempos, sinsabores, y tantas y tan repetidas desgracias.

Aquella mi felicidad, la mayor ilusión de mi vida, quedó rota, deshecha, con la desaparición, primero, del amor de mis amores, aquellos angeles rubios que alegraban mi existencia, y la muerte de ella después en forma tan trágica, que ni yo mismo acerté a explicarme por aquel entonces; quizá tampoco nadie llegaría a comprender el fundamento de aquel extraño suceso.

A partir pues, de aquellas fechas, quedé huérfano y en soledad, viviendo con el recuerdo de los días felices y espantables de mis propias desdichas.

Entre los papeles, que ella dejara al morir, en su secreter, hallé trozos escritos de formas tan inexpresivas, que al principio

no di importancia alguna pero que más tarde vinieron a ser la clave para llegar a conocer lo que jamás en vida de ella hubiera comprendido.

Estaba tan ciego por ella, que nada podía hallar que la empujara, que le acusara de su infidelidad y de sus ingratitudes.

Ahora, ya muerta, los papeles inexpresivos en su lenguaje, eran harto elocuentes, para conocer hasta qué punto y grado llegó en su refinamiento para engañarme.

Así explicase muy significativamente su trágica muerte, y porqué estaba bien muerta.

¡Ah! Si en vida la hubiera descubierto, cuánto sufriría.

Lo que no he podido llegar a comprender es la razón y el porqué de aquellos engaños.

Tampoco, por más que indago y trato de averiguar el nombre del seductor, no he podido hallar rastro alguno.

Usted recordará, admirado maestro, de aquel gato negro que poseía. Era un hermoso ejemplar que lo mismo seducía su originalidad que repelia.

Cuántas veces aquel gato negro la fosforescencia de sus ojos encendidos en la sombra de la noche, sabrecogían el ánimo de terror, de espanto, tal vez de miedo!

El gato negro, en su extraña hermosura, era, a no dudar, el propio enigma de mi vida; por eso al verlo entre las sombras en noches de insomnios, me aterraba, me daba pánico, del animal que llevaba en su piel negrisima con su felina suavidad, todo el germen de mis futuras desgracias.

Como creará usted maestro, que ha llegado a conocer la verdad de aquella muerte trágica de ella?

Voy a contarle con brevedad, pero sin emitir nada interesante, para que pueda conmigo reconstituir la escena en que se desarrolló el drama.

Oigame usted, maestro. Mi ingrata esposa en el 71

seductor—como los desprecios desde el fondo de mi alma!—se hallarían en amoroso coloquio. ¡Como mi brazo se fortalece ante el recuerdo de esta escama!

¡Ah si viviera ella! ¡Si supiera de él! Confiados estarían en que mi regreso estaba lejos de perturbar su ilícito idilio, cuando bruscamente un golpe seco, un ruido extraño, rompió el silencio grato en que se hallaban entregados, quedando petrificados de espanto puestas de pie, mirándose cara a cara aterrados, contenida la respiración a punto de estallar el pecho por los bárbaros latidos de sus corazones, que latían al unísono, incompasados.

El mismo pensamiento cruzó por los dos: Estaban descubiertos; perdidos.

Unos segundos bastó para que el instinto de conservación se despertara en ellos. Apagaron la luz y como reptiles entre las sombras, sin hacer ruido, se deslizaron buscando una salida, el aire, la vida, que les faltaba.

Solamente aquel gato negro escuchaba a los delinquentes y con sus ojos fosforescentes los envolvía, siguiéndoles en sus ciegos pasos en la oscuridad, alumbrándole su trágico camino. Daría miedo hallar el gato negro, entre lo horrorizante de la escena.

El logró huir, que duda cabe, sin dejar un rastro del miserable para purgar su delito.

Ella se entregó al sueño reparador y del propio miedo que sentía quedó dormida.

Aquella noche, jugábase una interesante partida de tresillo cuando las campanas tocaban a fueso.

Todos, como movidos por un mismo resorte; caminamos a la calle, preguntando, inquiriendo a cuantas personas corrían desparvoridas al lugar del del siniestro.

No sé por qué razón pensé que el fuego era en mi propia casa. Corrí locadamente. No me habla engañado; el fuego destructor y purificador consu-

mi vorazmente aquel hogar. Intenté vanamente salvar a ella; sufrí grandes quemaduras, caí en definitiva desfallecido, gravemente enfermo.

Dentro de la misma gravedad en que me hallaba dábame exacta cuenta de mi afectiva situación.

Todos los trabajos para conocer las causas del incendio fueron inútiles: un fuego casual y nada más.

Quando ya estoy próximo a una muerte segura, porque mi vida está agotada, he conseguido encontrar al autor del incendio de mi casa y el que vengó mi afrenta.

Un día tenía el gato negro, ya muy viejo por cierto, sobre mis rodillas, y examinándole muy detenidamente descubrí en su rabo una cicatriz; no concedí importancia al hallazgo, el gato me miró como asustado. Más tarde pensé sobre aquella cicatriz, y comprendí que fue el gato negro, quien al prenderse la lumbre del brasero a su rabo, corrió por toda la casa y fué prendiendo fuego por sus cuatro costados.

He aquí, maestro admirado, cómo he llegado a conocer el proceso de mi vida.

El gato negro vive, pero morirá pronto, quizás los dos al mismo tiempo. ¡Estamos tan viejos, maestro!

Llueve y hace mucho frío.

RAFAEL MANAZZINI

La tacita de plata

Por su artística estructura, emergente de las aguas como témpano de nieve labrado por manos de hada; por su espacio reducido y su simétrica traza; por la proverbial limpieza de sus calles y fachadas, desde muy antiguos tiempos y con justicia sobrada dijese de Cádiz que era una tacita de plata.

Mas hay que ver la tacita como está de abandonada, cual taza de vinatero

que los vinos ya no cata y que entre el tinto y el polvo perdió su brillo y su gracia. Las calles de sus paseos, antes bien encantadas, se han puesto tan escabrosas como sendas de montaña, y es andar a top-zones el que quiere pasearlas; en los sitios más visibles, de los coches la paradas, dan olores nauseabundos porque nunca van el agua; se tiran por los balcones los despojos de las casas y los gatos se disputan en la calle las pistrifas; por falta de mingitorios y vergüenza ciudadana en cualquiera sitio y hora hay muchos que vierten aguas, (y hasta alguno, para colmo, a la puerta de su casa), poniendo así las aceras dibujadas como mapas.

Hay que ver ese mercado sin mentera para el agua ni resguardo contra el sol, donde se mojan o asan en terrible alternativa compradores y vendedores, sin agua para limpieza, como la higiene le manda, y al arbitrio de las moscas presentadas las viandas; que aquí no nos entra el cólera porque no le da la gana.

No se barre, no se riega, no se adoquina ni asfalta, pues el hacer mal y poco es igual que no hacer nada, y aquello de la tacita hoy ya parece una huasa!

¡Volvamos, pues, por los fueros de nuestra ciudad galana; antes que cosas de efecto realicense cosas prácticas, y a ser vuela sin reproche Cádiz, tacita de plata!

AURELIO FUENTES ORTIZ.

Agosto 1923.

Compañía Transatlántica

A partir de la expedición del 15 de Septiembre próximo a Venezuela, Colombia y Pacifico, que efectuará el vapor «Manuel Arnús», los vapores de dicha línea efectuarán mensualmente la escala de Santiago de Cuba, después de la de Habana, admitiendo tráfico de pasaje y carga directamente para aquel destino a los mismos precios que para Habana.

F.S. RAPIDEZ

FAST & SAFE

Servicio diario de automóviles entre Cádiz, San Fernando Algeciras y puntos intermedios

SEGURIDAD - CONFORT

Precios que regirán desde el 20 de Febrero de 1923

Table with 3 columns: Berlina, Pescante, Interior. Rows for routes: De Cádiz a Algeciras o viceversa, De San Fernando a Algeciras o viceversa.

SERVICIO DIARIO

Salida de Cádiz: Plaza Loreto - Teléfono, 307, a la 1:30 de la tarde. Salida de Algeciras: Segismundo Moret, 5. - Teléfono 101, a las 5,45 de la mañana, excepto martes y sábados a las 2,30.

Berlina (auténtica).—Asientos individuales en butacas. Comodidad insuperable

Coches rápidos, con todos los adelantos modernos, sobre neumáticos

La Empresa más antigua con material más moderno

Coches de repuesto en Cádiz, Vejer, Tarifa y Algeciras, en continua comunicación telefónica